

Capítulo 44: El dragón ofrece consejo: La balada de un dragón semi- benigno

- Capítulo 44: El dragón ofrece consejo: La balada de un dragón semi-benigno

Capítulo 44: El dragón ofrece consejo: La balada de un dragón semi-benigno

Frostfang lanzó una mirada rápida a Squallwing por el rabillo del ojo. El dragón más joven bufaba y resoplaba mientras luchaba por seguir el ritmo. Le había dicho a Stormbringer que su próximo destino sería Regal Flame, y ella le pidió que llevara a Squallwing consigo. Aparentemente, su nieto tenía asuntos en las tierras de Regal Flame, y la presencia de Frostfang seguramente le impediría meterse en problemas mortales. Lo dijo de manera bastante directa, y él entendió lo que quiso decir. Squallwing había logrado su Primer Despertar, pero a pesar de medir quinientas pies de largo, el joven dragón era todo lo contrario a imponente. Era un volador lento, carente de rapidez y agilidad, y ni sus habilidades físicas ni mágicas eran impresionantes. Sin embargo, lo que sí poseía era un extraño y avanzado conocimiento sobre diversos temas relacionados con la magia, del que no dudaba en hablar con entusiasmo. Y hablaba mucho. Al principio, Squallwing mostraba cierta precaución hacia Frostfang, pero una vez que percibió que él no tenía intención de comérselo ni despedazarlo, empezó a divagar sobre distintos asuntos, desde la alquimia y atajos para lanzar magia ordenada, hasta la creación de amuletos y focos mágicos. Frostfang prestó atención de pasada a sus monólogos, pero el conocimiento del joven dragón claramente superaba la media para su edad. Tal vez tenía un carácter de erudito, aunque su desprecio por las habilidades combativas era preocupante. "Vas retrasado," musitó Frostfang mientras sobrevolaban el océano. "¿Con qué frecuencia vuelas?" Squallwing gimió molesto. "Quizá menos de lo que debería." Hizo una pausa. Probablemente, era un tema que ya había abordado muchas veces antes, tanto con sus padres como con Stormbringer. "Prefiero estudiar en lugar de cazar y luchar, y mi madre dice que así estoy más seguro." "Hmm..." Frostfang no solía entrometerse en la forma en que otro dragón criaba a su cría, pero este era un asunto importante. No le sorprendería que Stormbringer hubiera enviado a Squallwing con él solo para oír las intenciones y pensamientos de otro dragón primordial. "Estudiar está muy bien, pero este mundo puede ser una tierra despiadada. Si no sabes pelear, solo te espera la muerte." Squallwing estremeció claramente, y el ritmo cansado de sus aleteos disminuyó mientras se ajustaba mejor para conservar energía. Frostfang frunció el ceño. ¿Había volado tan poco que volar en formación con un dragón mayor no era instintivo? Dudaba que Stormbringer tolerara un descuido así al criar a un cachorro, así que debía haber una explicación. "Lo sé," admitió Squallwing. "Soy... débil en comparación con mis primos." "¿Por qué?" preguntó Frostfang. No veía necesidad de tratarlo con exceso de tacto. Si había un problema, debía resolverse ahora, mientras aún era joven, en lugar de dejar que se enquistara. Al menos, abordar su debilidad física y mágica facilitaría que lograra un Segundo Despertar en el futuro. "Recibí heridas graves cuando era un huevo," explicó Squallwing. "Me aparté de mi madre y encontré un grupo de dracos." Frostfang gruñó. Los dracos y los dragones rara vez se llevaban bien. Los

dragones veían a los dracos como versiones inferiores de sí mismos, mientras que los dracos resentían las ventajas naturales de los dragones, principalmente su aliento mágico. Los dracos podían desarrollar ataques de aliento, pero eran completamente mundanos. Por ejemplo, un Draco de fuego podía respirar fuego, pero era un proceso meramente físico. Su fuego se generaba mediante la combinación de sustancias secretadas en sus glándulas orales. En cambio, el fuego de un dragón era de naturaleza mágica, fruto de su alma y magia. No era raro que jóvenes dracos de fuego fueran cazados por humanos, elfos y otras especies similares. Solían matar al draco y extraer esas glándulas para crear diversas sustancias inflamables. En contraste, el fuego de un dragón no podía ser robado con tanta facilidad. Cuando un dragón moría, su fuego desaparecía para siempre. Por eso, los dracos y los dragones solían enfrentarse. Los dracos eran más pequeños y débiles que los dragones, y su Ascensión no igualaba los Despertares que experimentaba un dragón. Sin embargo, solían vivir en grandes grupos, y no era raro que grupos de dracos atacaran y mataran a dragones menores o a crías. "Hiciste bien en sobrevivir," gruñó Frostfang. "¿Qué pasó con los dracos?" "Mi madre escuchó mis gritos. Pudo rescatarme antes de que pereciera. Cuando mi abuela se enteró, se encargó ella misma de los dracos." Frostfang rió entre dientes. "Eso no le tomó mucho tiempo." "Según mis primos, ese día llovieron dracos, tantos que cayeron ante su ira." Frostfang podía imaginarlo con facilidad. Stormbringer era un dragón primordial; ningún draco vivo podría enfrentarse a ella, y su furia sería terrible. ¿Herir a uno de sus nietos? Eso no podía pasar por alto, especialmente dado que Squallwing era un crío en ese momento. "¿Qué tan grande eras entonces?" preguntó Frostfang. "Aproximadamente seis pies de largo." Eso captó su atención, y giró la cabeza para mirar al joven dragón. "¿Seis pies? Entonces tu madre fue imprudente. Nunca debiste salir de su vista con ese tamaño." "Tenía curiosidad," defendió Squallwing, protegiendo a su madre. "Y era bueno en escabullirme. Fue culpa mía, no de ella." "Mencionaste que saliste gravemente herido." "Sí. Casi no sobreviví, y tuve suerte de que me sanaran sin daños permanentes en mi sistema circulatorio mágico. Pero desde aquel día, mi madre casi no me suelta de la vista, y me da miedo aventurarme demasiado lejos de casa." "Ambos tenían miedo," comentó Frostfang, y Squallwing tembló. La cobardía era uno de los peores insultos que se le podía dirigir a un dragón. Evidentemente, retirarse por imposibilidad de ganar y buscar tiempo para planear una estrategia no era lo mismo que huir por miedo. "Sí...", susurró Squallwing, agachándose. "Pude lograr un Primer Despertar con mi abuela, pero ella dijo que sería difícil alcanzar un Segundo Despertar si seguía así." Su cuerpo se tensionó. "No quiero ser débil, ni morir tan joven. Cuando mi abuela supo que ibas a Regal Flame, le rogué que me dejara acompañarte." "¿De veras?" Quizá había en él algo de coraje después de todo. "¿Por qué?" "Regal Flame tiene muchos libros sobre magia. Mi abuela dice que ella le debe algunos favores pequeños, y que puedo canjear esos por copiar esos libros. No tengo grandes reservas mágicas, pero sé mucho sobre magia. Los libros que quiero copiar enseñan métodos para aumentar mis reservas mágicas. Si puedo hacerlo, quizás no sea tan débil." Era extraño que estuviera obsesionado con adquirir nuevos métodos de entrenamiento, pero quizás tenía algo que le impedía aprovechar los más comunes. Al menos, estaba actuando. "¿Y tu padre?" preguntó Frostfang. "No has hablado de él." "Murió," suspiró Squallwing. "Cuando aún era un huevo. Se volvió loco durante la Sexta Catástrofe y mi abuela tuvo que... tener que..." "Ah." Frostfang asintió con gravedad. Los poderes de la Sexta Catástrofe fueron potentes. Una parte de la estrategia preventiva que usó Stormbringer fue enloquecer a muchos posibles opositores y hacer que se volvieran contra sus propios familiares, amigos y aliados. Es probable que ella hubiera tenido que matar al padre de Squallwing antes de que causara algo terrible. Liberar las mentes afectadas había sido posible, pero no fácil, y requería experiencia que no todos poseían en ese momento. Afortunadamente, Doomwing había desarrollado contra-

medidas y las compartió con quienes tenían la fuerza y conocimientos para usarlas, pero muchos cayeron víctima de las maquinaciones de la Sexta Catástrofe en ese intervalo. "No puedes cambiar el pasado," dijo Frostfang. "Concéntrate en convertirte en un dragón del que tu padre pueda estar orgulloso." Frunció los dientes. "Estás cansado. Lo puedo sentir. Pero eres un dragón. No vaciles. Aunque tu cuerpo sea débil ahora, se adaptará rápidamente si sigues esforzándote." "¿Y si me caigo del cielo?" preguntó Squallwing. "Mis alas... duelen tanto. Nunca he volado tan lejos en una sola vez." "No te dejaré caer," aseguró Frostfang. "Sigue esforzándote. No estamos tan lejos de tierra firme. Descansaremos cuando lleguemos a la costa." Squallwing logró mantenerse en vuelo hasta llegar a la orilla, donde Frostfang encontró un lugar adecuado para que aterrizara. El joven dragón casi se desplomó en las arenas del desierto, mientras Frostfang permanecía en lo alto, observando cuidadosamente el entorno. El desierto se extendía a lo largo de buena parte de la costa y continuaba hacia el interior, hasta detenerse justo antes de una cordillera imponente. Esa cordillera era el hogar de Regal Flame, y al otro lado se alzaba un vasto bosque rebosante de vida. No es que el desierto careciera de ella; allí vivían varias ondinas, cuyas formas enormes se levantaban sobre las arenas, como montañas vivientes. Los elfos del desierto convivían con esas ondinas: algunos habitaban en los árboles, otros construían asentamientos en la sombra, y algunos más cavaban en el suelo entre las raíces. Las ondinas se alimentaban extrayendo agua desde las profundidades y aprovechando las corrientes mágicas que atravesaban la territorio. Según recordaba, los elfos subsistían con la ayuda de los recursos que les brindaban las ondinas, además de la gran cantidad de criaturas que acechaban en el desierto: reptiles, aves y mamíferos de diversos tamaños, muchos de los cuales vivían excavando túneles o desarrollando resistencia al calor. Incluso existían gigantes que habitan bajo las arenas, capaces de saciar el hambre de cualquier dragón primordial. Los elfos también cultivaban varias especies de cactus, que las ondinas habían desarrollado: plantas temibles con espinas y venenos, diseñadas para alejar a depredadores. Sin embargo, los elfos sabían cómo cosecharlos, y su apariencia intimidante ocultaba su valor nutritivo. Más cerca de la costa, los elfos del desierto también pescaban, ya que las aguas costeras estaban llenas de toda clase de vida marina. Dado que pocas ondinas habitaban cerca del mar, los elfos allí construían sus propias aldeas, excavando en colinas como enanos. Incluso disponían de túneles bajo tierra que conectaban estas comunidades con cámaras subterráneas entre las raíces de los árboles de las ondinas. Esos túneles estaban reforzados por las ondinas, y solían tener cultivos en su interior. Los elfos normales no podrían sobrevivir de esa forma, pero los elfos del desierto tenían un vínculo aún más profundo con sus compañeras ondinas. Raramente abandonaban su hogar en el desierto, pero eso les permitía prosperar en un entorno que, para otros, sería mortal. Frostfang se preguntaba a veces por qué las ondinas no habían intentado transformar el desierto en un bosque, pero parecía que la magia que permeaba la tierra favorecía el carácter árido del territorio, por lo que sus esfuerzos habrían sido en vano. Quizá cuando fueran más viejas y numerosas, podrían cambiarlo; pero eso tomaría al menos otro par de edades. "¿Cómo te sientes?" preguntó Frostfang a Squallwing. "Mejor." El joven dragón había pasado de estar encorvado en el suelo a absorber la magia circundante para recuperar fuerzas. Frostfang sacó una ballena que había cazado antes de partir y se la entregó a Squallwing. "Come eso," dijo. "Solo has logrado tu Primer Despertar, así que la comida te ayudará mucho en la recuperación." Cuantos más Despertares experimentaba un dragón, más rápido y eficaz era al recuperar su resistencia usando la magia del entorno. En cierto momento, los dragones podían ser tan hábiles en absorber magia que prácticamente no necesitaban alimentarse. Era así como los dragones tan poderosos podían dormir décadas - o incluso siglos - a la vez. No solo podían poner sus cuerpos en estado de hibernación, sino que además usaban la magia circundante para nutrirse

constantemente. En ese momento, los jóvenes dragones todavía estaban lejos de ese nivel; por eso, comer grandes cantidades de comida común era la forma más rápida de recuperar energías. Además, Squallwing era delgado para su longitud y edad, así que un poco más de alimento le venía bien. Mientras esperaba a que el joven recuperara fuerzas, vio a varias elfas del desierto cabalgando hacia ellos en lagartos de gran tamaño. No intentaron ocultarse y no sacaron armas, por lo que Frostfang permitió que se acercaran mientras usaba magia para suavizar su aterrizaje. Detrás de él, Squallwing observaba a las elfas con recelo, y Frostfang detectó una débil explosión de magia de percepción que se filtró hacia afuera. Era una buena idea, aunque faltaba pulirla.

"¡Saludos!" llamó la líder de las elfas. Estas tenían una piel más oscura que sus parientes de los bosques, y sus ropas eran de tonos más propios del desierto que los verdes y marrones de los árboles. "¿Me honra la presencia del gran Frostfang?" A Frostfang le divirtió la exagerada cortesía de la elfa y le agradó ser reconocido. "Sí, usted la tiene." La elfa desmontó de su lagarto, acariciando afectuosamente al animal en un costado, y luego realizó una elegante reverencia. Se enderezó, y sus ojos oscuros brillaron con intensidad mientras pasaban de Frostfang a Squallwing. "Permítame extenderle las más cálidas saluciones, en nombre de mi pueblo y de nuestra noble dama, Phacelia." "Conozco a Phacelia," dijo Frostfang. "Y le devuelvo sus saludos. Usted es cortés, elfa, y eso es bueno." "La cortesía es sentido común," respondió la elfa. "Especialmente al tratar con alguien como usted." Palmas en el pecho. "Soy Eremos, capitán de las elfas que sirven a Lady Phacelia. ¿Podría saber qué los trae por aquí? Pensaba que su territorio se encontraba en el extremo norte, en el techo del mundo." "Esos territorios son de mi propiedad. No tengo asuntos en el desierto. Solo paso por aquí. Mi destino es Regal Flame, en las montañas más allá de este lugar." "Ya veo." Eremos inclinó la cabeza. "Pero, si me permite, quisiera hacer una solicitud en nombre de mi dama." "Habla," respondió Frostfang. "Aunque no prometo nada hasta saber qué desea Phacelia." "Se me ha llamado la que trae el Invierno con ella. Mi dama posee muchos poderes, pero el frío nunca le ha respondido. Sin embargo, hay ciertos... proyectos que desea emprender y que se beneficiarían mucho del acceso a magia que rige sobre hielo y frío." "Entiendo." Los ojos de Frostfang se ensancharon ligeramente. Las ondinas podían aprender magia de hielo y helada, pero pocas de ellas eran expertas en ello. Sería mucho más fácil para Phacelia si tuviera un dispositivo capaz de convertir su magia de naturaleza, vida y crecimiento en magia que controlara el hielo y el frío, además de darle cierto dominio sobre la magia producida. Frostfang podía crear dicho objeto sin problema. Incluso, cualquier dragón de su linaje, tras su Primer Despertar, debería ser capaz de hacerlo con facilidad. Pero las capacidades de esos objetos dependían mucho de los creadores, y como dragón primordial de invierno, incluso un esfuerzo perezoso de su parte superaría cualquier creación de otro. "Podría fabricar un artefacto así," dijo Frostfang, "pero no lo haría gratis." "Por supuesto," respondió Eremos con suavidad. "Mi noble dama no es mendiga. Busca un objeto capaz de igualar la potencia y el control de hechizos de duodécimo orden." "¿De verdad?" El duodécimo orden era un marco intermedio útil, ya que sus hechizos eran lo suficientemente poderosos para dañar a la mayoría, pero no tanto como para ser inviables en combate. "Puedo crear algo aún más avanzado." "Mi noble dama es sabia. Un objeto así podría ser demasiado ambicioso para sus propósitos." "¿Y qué pretende ella?" preguntó Frostfang con dureza. "No deseo que ninguna de mis creaciones sea usada sin moderación." "Por supuesto. Mi dama desea cultivar diferentes plantas, muchas de las cuales no sobreviven en este lugar, aunque ella también podría beneficiarse de cámaras subterráneas con magia de enfriamiento para su crecimiento, sin mencionar las ventajas que ofrecería esa magia para diversas artes y experimentos alquímicos." "¿Qué puede ofrecerme a cambio?" preguntó Frostfang. "Se dice que hace tiempo que ninguna ondina ha intentado establecerse en el extremo norte," explicó Eremos. "Pero mi dama tiene una hija que comienza a

soñar con hielo y nieve. Es aún joven, apenas un retoño, pero..." ¿Una ondina dispuesta a arriesgarse en el lejano norte? Frostfang fue cuidadoso en no demostrar demasiado interés. Era un encuentro muy favorable: no sabía si la joven ondina lograría tener éxito, pero encontrar una que quisiera intentarlo ya era en sí una victoria. "Hmm..." aparentó considerar antes de asentir con la cabeza. "Necesitaré hablar con Phacelia en persona, pero esos términos me parecen aceptables. Terminaré mis asuntos en Regal Flame y buscaré a Phacelia antes de partir." "Gracias, poderoso Frostfang. Le transmitiré sus palabras a mi dama." Eremos señaló una salida de piedra negra en la distancia. "Si tú y tu compañera tienen hambre, quizás quieran intentar su suerte allí. Es frecuente encontrar grandes lombrices en esa zona." "¿Lombrices?" preguntó Frostfang. "¿Qué tamaño tienen?" "Muchas alcanzan la longitud de tu compañero, y las más grandes superan incluso la tuya." "Hmm... quizás probemos suerte," aceptó Frostfang. "Que buena caza," dijo Eremos antes de hacer una reverencia. "Nos despedimos ahora." Frostfang volvió su vista a Squallwing. El joven dragón parecía saber lo que pensaba, pues temblaba de miedo. "¿Tenemos que ir?" preguntó Squallwing. "Si quieres volverte más fuerte, no hay mejor momento que ahora. Mi presencia garantiza que no sufrirás daño real. Aprovecha esta oportunidad para crecer." Squallwing asintió. "Sí, eso debo pensar. Además, son solo lombrices. ¿Qué tan difíciles pueden ser de matar?"

Frostfang ignoró las súplicas de ayuda de Squallwing mientras el joven dragón era derribado de cabeza a la arena. El gusano que había elegido para luchar era ligeramente más grande que él y mucho más feroz. Varios otros gusanos se habían congregado atraídos por la pelea, pero mantenían distancia, cautelosos ante Frostfang. "¡Ayuda!", gimió Squallwing, arañando frenéticamente al gusano. Por desgracia, el cuerpo del enemigo estaba completamente blindado, por lo que todo lo que lograba era enojarlo más. La boca del gusano estaba llena de filas circulares de dientes rasurados, y chispeaba al intentar arrancar pedazos de su costado. "Estás bien", respondió Frostfang. "Deja de agitarte y busca tu equilibrio." Quizá por miedo o desesperación, Squallwing obedeció. El joven dragón consiguió colocar sus patas bajo él. "Bien. Ahora, apoya tu hombro en el gusano y levántate." "¡Es pesado!", protestó. "Eres un dragón. Puedes levantármelo. Y si tus músculos no son suficientes, usa un poco de magia. ¿Conoces la magia de mejora, verdad?" "¡Nunca la he usado en una situación así!", gruñó Squallwing. Había apoyado su hombro bajo el gusano lo mejor que pudo, pero el monstruo seguía sin moverse. "Mis patas se hunden en la arena." "Entonces, endurece la arena con magia." Uno de los otros gusanos se acercó para intervenir, y Frostfang lanzó un rayo de frío ardiendo contra él. Los demás huyeron al verse congelados en su lugar. "Respira. Relájate. La parte más peligrosa del gusano es su boca. Con tu hombro apoyado debajo, no podrá alcanzarte. Tómate tu tiempo." Frostfang recordaba su primera caza real. Era mucho más pequeño entonces, y su padre se había quedado atrás, permitiéndole cometer errores mientras se enfrentaba a un oso gigante. En ese momento, Frostfang sintió que peleaba por su vida, pero después se dio cuenta de que su padre podría haber intervenido en cualquier momento. A medida que la batalla avanzaba, su padre le hablaba, con su voz tranquila dándole consejos sobre cómo enfrentarse mejor a la situación. Ese día, Frostfang aprendió la importancia de mantener la cabeza fría y controlar sus emociones. Las emociones podían ser útiles, pero pensar con claridad durante la lucha era esencial. La ira podía volver temerario a un dragón, y el miedo podía robarle su fuerza. Un dragón sabio aprendía a dominar sus sentimientos, sin dejar que estos lo gobernaran. "Eso es", dijo Frostfang mientras el suelo debajo de Squallwing se endurecía. "Muy bien. Ahora, usa tu magia de mejora — y no olvides apretar fuerte. No permits que el gusano se escape." Squallwing gruñó y mostró los dientes mientras empezaba a retroceder al gusano. Rayos crepitaban sobre sus escamas, y sus alas empujaron contra el suelo para aumentar su impulso. "Ahora está desequilibrado", indicó Frostfang. "Gira y échalo por los aires."

Sabrás cómo hacerlo, es instinto." Squallwing rugió y giró bruscamente, lanzando al gusano por encima de su hombro. Este chocó contra la arena del desierto, aturdido por un momento. "¡Usa tu rayo! ¡Apunta a su boca!", ordenó Frostfang. Squallwing retrocedió su cabeza y descargó un rayo directo en la boca del gusano. La criatura chilló, y quedó completamente inmóvil y en silencio, mientras de su hocico salía humo. Probablemente, el rayo había quemado sus entrañas y cerebro. Squallwing respiró con fuerza varias veces y, exhausto, se desplomó sobre su espalda, con las alas extendidas, casi sin poder moverse. Frostfang se rió suavemente y se acercó a Squallwing, que tenía las escamas agrietadas en varios lugares, una de sus alas se movía torpemente, y algunos de sus dientes estaban astillados por el intento de morder la cabeza del gusano. "¿Cómo te sientes?", preguntó Frostfang. Squallwing le miró con ojos llenos de orgullo y cansancio. "¡Casi muero! ¡Casi me rompe el pecho! ¡Yo... yo...", empezó a reírse. "¡Me siento... vivo!", exclamó finalmente. Frostfang sonrió. "Muy bien. Guarda este momento en tu memoria. Eso significa ser un dragón." Lo ayudó a levantarse. "Ahora deberíamos ir a visitar a Regal Flame." "¿Así?", Squallwing señaló su cuerpo magullado. "Me veo terrible." "Regal Flame es la hija de Sovereign Flame, quien fue el más viejo y poderoso de nuestra especie en los días en que los Primeros Dioses aún pisaban el mundo. Lo llamaban el Rey Sin Corona, porque los dragones no tienen reyes, pero en aquellos tiempos no había un solo dragón vivo que no sintiera un profundo orgullo de llamarlo así. ¿Cómo crees que ganó el respeto de todos nosotros? A través de la batalla... con sangre, garras y llamas. No pensará menos de ti por llegar con heridas de una caza honorable." Squallwing asintió lentamente. "Yo... entiendo." Probó sus alas. "Puedo volar, quizás no tan rápido como antes, pero puedo volar." "Estás bien", dijo Frostfang, empleando un pequeño hechizo para evaluar las heridas del joven dragón. "Nada grave. Te tomará unos días sanar." Levantó al gusano con su magia y lo guardó con cuidado. "Podemos entregárselo a Regal Flame. Si decimos que fue de tu primera caza real, lo valorará en su justo mérito." "Pero ya he cazado antes", protestó Squallwing. "No como esto, no. Puedo decirlo. Probablemente tu madre te hizo luchar contra cosas mucho más débiles que tú. Este gusano fue un buen reto, y las heridas que tienes son prueba de su fuerza. Esto fue una caza digna." Las palabras parecieron tocar alguna fibra en él, pues las garras de Squallwing se tensaron, y miró los dunas arruinadas con ojos renovados. "Gracias", dijo al fin. Frostfang lo miró largo rato. Su madre probablemente había estado muy asustada por perderlo, especialmente después de lo ocurrido con su madre, y sin embargo, sus esfuerzos por protegerlo solo lo volverían más vulnerable a largo plazo. Puede que fuera un débil, pero nunca crecería si lo mimaban. Quizá por eso Stormbringer había aceptado que lo acompañara Frostfang. Él no lo consentiría, y éxitos pequeños como esta caza podrían ser los cimientos para mejorar en el futuro. Hmm... ahora que lo pensaba, enseñanzas como estas solo le servirían para criar a sus propios crías. "No hay de qué agradecerme", afirmó Frostfang. "Pero si deseas demostrar tu gratitud, fortalécete. Quizá nunca alcances el nivel de tu abuela, pero no hay razón para que mañana seas menos fuerte que hoy."